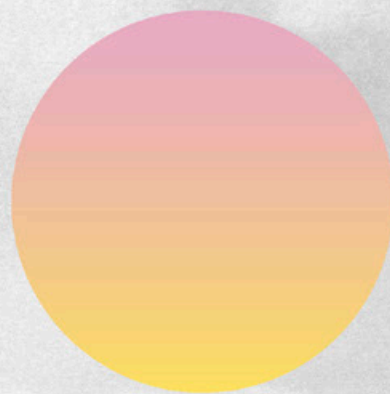


CAF

Informe Foro Anual 2022



Democracia y nueva ola
progresista en América Latina.
De la experiencia
boliviana a las
elecciones de Brasil



La oficina editorial de **CAF** se encuentra en:

Common Action Forum
Calle General Pardiñas, 78
28006 Madrid, España

Tel: +34 910 175 850
Email: caf@commonactionforum.net
Website: commonactionforum.net

Este trabajo está licenciado bajo:

**Creative Commons Attribution
4.0 international license**

Diseño: **El Fantasma de Heredia** 2022
Foto de portada: **Ali Martín** CC BY 2.0

Colaboradores



CAF

Informe

Foro Anual

2022

Democracia y nueva ola
progresista en América Latina.
De la experiencia
boliviana a las
elecciones de Brasil

Madrid, España | 12 de Septiembre 2022



Índice

Introducción / [pág. 7](#)

1ra sesión

Brasil en la encrucijada: crisis democrática y
escenarios electorales / [pág. 9](#)

En conclusión (1ra sesión) / [pág. 17](#)

2da sesión

Volvieron y son millones, El proceso de
cambio en Bolivia y sus implicaciones
regionales / [pág. 21](#)

En conclusión (2da sesión) / [pág. 33](#)

Participantes / [pág. 35](#)

Foto galería / [pág. 37](#)

«Los procesos
constituyentes
son momentos de
refundación colectiva y
soberana.»

«La ultraderecha se ha
apropiado de la épica
y de la práctica de la
insurrección.»

Introducción

El Common Action Forum 2022, titulado «*Democracia y nueva ola progresista en América Latina, De la experiencia boliviana a las elecciones de Brasil*» tuvo lugar en septiembre de 2022, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid (España). Dividido en dos sesiones, contó con la participación de ex altos cargos de Estado, así como académicos, investigadores, activistas y representantes de la sociedad civil organizada.

El foro abordó la ola reaccionaria que atraviesa actualmente América Latina, donde los viejos golpes de Estado han vuelto a ser parte de la escena política, aunque con mecanismos renovados. La creciente polarización social, la instrumentalización de los poderes públicos y de la justicia, la desinformación y la violencia política; son algunas de las herramientas que la ultraderecha está utilizando para socavar e impugnar el sistema democrático.

Brasil y Bolivia resultan, así, casos paradigmáticos de cómo la integración regional y la rearticulación

de luchas diversas son elementos clave para contrarrestar esta nueva (y cada vez más agresiva) ofensiva reaccionaria. Protagonistas de ambos países y de su devenir histórico analizaron en CAF_2022 las posibilidades que tienen los nuevos gobiernos progresistas de la región de hacer frente a la creciente crispación social, a las peligrosas narrativas que deslegitiman las instituciones democráticas y a una ultraderecha, en definitiva, que se ha apropiado de la épica y de la práctica de la insurrección. En este contexto cobran especial valor los procesos constituyentes, como momentos de refundación colectiva y soberana.

Democracia y
nueva ola progresista
en América Latina.
De la experiencia
boliviana a las
elecciones de Brasil.

**Common Action
Forum**

Foto_ PT-Partido dos Trabalhadores_ CC BY 2.0



1ra sesión

Brasil en la encrucijada:

Crisis democrática y escenarios electorales

«La extrema derecha entendió que las redes sociales son clave para el control de la narrativa y, por lo tanto, del imaginario público de las emociones políticas.»

Jean Wyllys

La primera sesión del Common Action Forum 2022 tuvo lugar en el marco de una campaña impulsada por distintas organizaciones de la sociedad civil brasileña, que junto a CAF realizaron una gira por Europa para alertar sobre los riesgos que presentaban las cercanas elecciones presidenciales de Brasil. La delegación de representantes de organizaciones y movimientos sociales pasó por Bélgica, Suiza, Francia, Portugal y España, y así fue como algunos miembros de la delegación participaron en el Common Action Forum 2022 celebrado en Madrid.

Paulo Abrão, ex secretario ejecutivo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y director ejecutivo del Washington Brazil Office, moderó la sesión, e introdujo el «marco de resistencia democrática» que daba origen al encuentro. «Esta defensa internacional de la democracia que estamos haciendo hoy en Madrid busca, en complementariedad con las acciones que la sociedad brasileña está llevando a cabo dentro del país, asegurar que nuestro proceso electoral sea respetado, que nuestra democracia no sufra aún más retrocesos y que responda a la voluntad popular de los amplios sectores sociales brasileños».

Abrão presentó a los miembros del panel, comenzando por **Denise Dora**, directora regional de Artigo 19, «que viene coordinando de manera reticular con otras organizaciones de derechos humanos en el país toda la comprensión de lo que significa la desinformación como estrategia de desestabilización democrática».

A continuación, **Izadora Brito**, asesora internacional del Movimiento de los Trabajadores Sin Techo de Brasil, a quien Abrão calificó como «una luchadora social referente del campo popular en Brasil». Y es que el MTST es sin duda uno de los movimientos sociales más importantes en Brasil, que se encarga precisamente de poner en la agenda «la parte

que la revolución urbana dejó descubierta», como explicó **Rafael Heiber**, cofundador de CAF. Heiber destacó que el MTST no pretende la abolición de la propiedad privada, sino precisamente «que se respete la finalidad social de la propiedad privada».

Finalmente fue presentado **Jean Wyllys**, periodista y activista, ex diputado federal de Brasil, de quien Abrão resaltó que fue «uno de los primeros representantes que denunció el ascenso de la extrema derecha en Brasil y alertó de ello a la comunidad internacional; y que no solo tuvo un protagonismo personal, sino también una comprensión política de vanguardia, en relación con todo este proceso».

Cómo hemos llegado hasta aquí

¿Cómo es posible que un país como Brasil, que ha tenido un protagonismo histórico equivalente a su tamaño geográfico y demográfico, que ha sido referente mundial a nivel económico, y con mucha relevancia global también en los planos social y cultural; se haya convertido en la plataforma internacional de la extrema derecha? ¿Cómo es posible que a día de hoy el país enfrente un riesgo real de sufrir un golpe de Estado, y de que se consolide en él un sistema autoritario?

Paulo Abrão planteó que, antes de analizar «los impactos tremendos en la vida de los sectores populares brasileños» que ha supuesto el gobierno de Bolsonaro, los participantes debían remontarse al ascenso del propio Bolsonaro, para poder comprender cómo Brasil ha llegado a la situación catastrófica en la que se encuentra en la actualidad.

Así, Jean Wyllys comenzó por matizar que el ascenso de la extrema derecha es un problema global que está sucediendo en todo el mundo (véanse liderazgos como el de Trump en Estados Unidos, partidos como Vox en España, o fenómenos

«Bolsonaro llegó al poder por un proceso de construcción mediática de su figura.»
Izadora Brito

como el Brexit en Reino Unido). «Y ese ascenso de la extrema derecha es resultado del impacto del capitalismo de plataformas o capitalismo de vigilancia sobre nosotros», afirmó Wyllys.

«Lo que sí que es una particularidad brasileña es que ese ascenso de la extrema derecha coincide justo cuando una mujer es elegida Presidenta de la República y cuando, en esas mismas elecciones, es elegido como diputado un homosexual declarado, venido del movimiento social LGBTI», explicó Wyllys. Es decir, que el ascenso de la extrema derecha en Brasil sería, desde esta perspectiva, fruto de la reacción conservadora contra una agenda identitaria y de género que iba ganando espacio tanto en la opinión pública como en las instancias de poder. Para Wyllys, «2011 es el año en que Bolsonaro pasa de una agenda tradicional basada en las reivindicaciones militares y del fortalecimiento del estado penal a centrarse en las costumbres, los comportamientos, las cuestiones de sexualidad y género».

Ese paso de una agenda más centrada en el punitivismo y el militarismo, a una agenda declaradamente homófoba y misógina, habría agrupado a todas las fuerzas tradicionales de derecha, haciendo posible el *impeachment* contra Dilma Rousseff. «Todas las clases dominantes, tanto las élites más ilustradas como aquellas otras que son clase dominante solamente porque tienen dinero, se unieron al vandalismo de las organizaciones criminales y las mafias y perpetraron en 2016 un golpe contra Dilma», explicó el ex diputado federal.

Sin embargo, Rafael Heiber recordó que «el primer golpe» se remonta realmente al año 2014, cuando Aécio Neves, que disputaba la presidencia del país a Dilma Rousseff, no reconoció los resultados de las elecciones. «El golpe número dos fue el *impeachment* contra Dilma Rousseff, y ahí es cuando la figura de Jair Bolsonaro alcanza

repercusión nacional», prosiguió Heiber, recordando cómo Bolsonaro subió a la tribuna para votar en ese golpe parlamentario contra Dilma haciendo un homenaje explícito al general Ustra, quien había sido su torturador. «En cualquier otro país esta barbaridad hubiera supuesto que el diputado en cuestión saliera a la cárcel directamente desde el Congreso, pero en Brasil supuso que Bolsonaro fuera lanzado definitivamente al estrellato, y dos años después de esa atrocidad, se convirtió en presidente», lamentó el cofundador de CAF.

Izadora Brito añadió que, a pesar de que «ya desde 2014 Bolsonaro hacía discursos defendiendo la tortura, discursos extremadamente militarizados, discursos de exterminio contra la comunidad LGBTI y discursos extremadamente misóginos; era tenido por la mayor parte de la izquierda como una persona irrelevante, infantil, sin importancia, un loco». Es decir, que para la activista, Bolsonaro fue sin duda subestimado por el campo progresista, pues en muy poco tiempo «pasó de ser una figura ridícula, a captar y capitanear todo el sentimiento de la antipolítica». Entendiendo *antipolítica* por el desprecio generalizado hacia la clase política, que pretende equiparar a todos los partidos y todos los liderazgos proyectando sobre ellos la sospecha de la corrupción, y que es caldo de cultivo favorable para el surgimiento de *outsiders*. Personajes disruptivos, que crecen al calor de los medios de comunicación y las redes sociales y que logran atraer a la masa de votantes descontentos con la «política tradicional». Además, en este caso, la antipolítica venía precedida de una larga campaña anti PT promovida por las élites del país, y aquél que ha capitalizado este sentimiento, Bolsonaro, no era exactamente ni un *outsider* ni un ejemplo de honestidad, considerando su manejo de los recursos públicos y la cercanía con las milicias cariocas.

Jean Wyllys explica el fenómeno con un concepto proveniente de la física, de la electricidad: «Bolsonaro se había convertido en una especie

«El bolsonarismo generó en Brasil un ambiente parecido a lo que fue la fase pre-nazi previa a la Segunda Guerra Mundial.»
Rafael Heiber

«Controlar la Amazonía equivale hoy por hoy a tener la llave del equilibrio del clima en el mundo.»
Denise Dora

de conductor. Porque él no es la persona más inteligente ni un líder carismático que hubiera sabido capitalizar las insatisfacciones de la población por sí mismo. Él fue convertido en un conductor por los sectores de la derecha y de la extrema derecha, que no tenían otro perfil. Desde 2006 las fuerzas armadas ponen mucha inversión, mucha plata, tiempo, recursos, para convertirlo en el gran nombre de la extrema derecha», afirmó. Es decir, que Bolsonaro sería un producto, fabricado por sectores de las oligarquías financieras y mediáticas, que medró rápidamente gracias al contexto de radicalización que atravesaba Brasil. «Y es importante no confundir radicalización con polarización», matizó Wyllys. «Polarización teníamos cuando la política en Brasil se dividía entre PT y PSDB», explicó, señalando la diferencia.

Rafael Heiber fue un paso más allá, alertando de que esa radicalización que desgarró a la sociedad brasileña es «un ambiente parecido a lo que fue la fase pre-nazi antes de la Segunda Guerra Mundial». Una *menos-que-democracia*¹, en la que los poderosos van ganando cada vez más terreno, dejando a la soberanía popular un espacio meramente nominal.

Por último, en este primer bloque dedicado a entender las causas del ascenso del bolsonarismo, Denise Dora apuntó otro factor: «tener menos democracia es bueno para los negocios» afirmó. «Brasil lo ha demostrado». Y puso como ejemplo el hecho de que varias corporaciones internacionales se han podido hacer con tierras de la Amazonía durante el gobierno de Bolsonaro, despojando de ellas a los pueblos indígenas.

Es decir, que detrás de «la alianza global y nacional enemiga de la libertad, que llevó al poder presidencial a un hombre asociado al crimen organizado en Rio, a las milicias, que defendió la dictadura, que fue un militar que intentó incluso hacer un atentado terrorista con uso de bombas...» hay sin duda, como expuso Dora, intereses económicos. El aberrante ascenso de un ultra como Bolsonaro no hubiera podido suceder si no existieran empresas y empresarios directamente favorecidos y beneficiados de que un país como Brasil se deslice hacia el abismo.

Tecnologías de la (des)información y la difamación

No obstante del análisis amplio y multicausal de la trayectoria que ha llevado a Brasil al punto preocupante en el que se encuentra en la actualidad, todos los participantes de CAF_2022 coincidieron en apuntar a un elemento especialmente relevante: las tecnologías de la información y la comunicación. Que más bien deberían llamarse «tecnologías de la (des)información y la difamación», como ironizó Jean Wyllys, quien en la actualidad se dedica precisamente a investigar sobre el fenómeno de las llamadas *fake news*. «Tras un período en que las redes sociales fueron utilizadas para la protesta, por parte de movimientos progresistas como Occupy Wall Street en 2008 y la Primavera Árabe; la extrema derecha entendió que estas tecnologías eran muy importantes para el control de la narrativa y, por lo tanto, del imaginario público de las emociones políticas», explicó.

Vinculando esto a lo expuesto anteriormente de que Bolsonaro fue elegido como la figura de la extrema derecha en la que se iba a poner toda la inversión financiera y mediática, Izadora Brito explicó que «con mucha financiación, pero también con manipulación de videos e imágenes, con el uso y construcción de grupos de WhatsApp, grupos en

¹ MIGUEL, Luis Felipe. En el libro colectivo *Lula, la verdad vencerá*, CLACSO, 2018.

Facebook y sobre todo de bots, Bolsonaro comenzó a atraer primero a una élite, pero después a una base popular de seguidores». Y así comenzó a dominar el espacio digital que, como señaló Denise Dora, es actualmente más determinante que el espacio público: «Antes, si se organizaba una manifestación lo importante era ver cuánta gente se lograba convocar. Ahora da igual si hay solo 15 personas o seis personas, porque lo que importa es ver la repercusión que esta manifestación tiene en el ambiente virtual, que es muy fácilmente manipulable porque es privado, es controlado por algoritmos y está diseñado para excluir a las poblaciones históricamente marginadas o víctimas de discriminación».

Esta realidad, de que el debate público actualmente esté tan condicionado por las redes sociales y los bulos que se propagan a través de la red, se encarna a la perfección en el ejemplo de Bolsonaro: «Brasil es una muestra viva de cuán destructivas pueden ser las milicias digitales, construyendo narrativas falsas e incitando al odio», lamentó Brito. Y añadió que, no obstante, estas milicias digitales se hicieron fuertes «sin duda con el apadrinamiento de los grandes medios brasileños, que tienen enraizadas en su producción de contenido las grandes cuestiones estructurales que atraviesan nuestra sociedad: el racismo, la misoginia, la LGTBfobia y el odio a la población más desposeída».

Jean Wyllys amplió su análisis en el mismo sentido, explicando que «el proceso de información no se lleva a cabo solamente desde perfiles apócrifos o anónimos o desde los ecosistemas digitales que propagan *fake news*. La desinformación es perpetrada también por la prensa hegemónica». Por los grandes medios de comunicación que dieron mucho espacio a Bolsonaro «porque era el único que se atrevía a decir las cosas que otros no decían, contra los derechos sexuales y reproductivos, contra la agenda de las feministas y la agenda del movimiento LGBTI», explicó Wyllys.

Para el periodista, un ejemplo claro de la desinformación ejercida desde la prensa hegemónica fue la cobertura de las manifestaciones de 2016 contra Dilma Rousseff. Una «cobertura con vocación», en palabras de Wyllys, «pues, con la excusa de que estaban cubriendo las manifestaciones, los medios de comunicación pertenecientes al grupo Globo convocaban gente a las calles y diseminaban la idea de que el PT era corrupto y que había que echar a Dilma del poder».

El propio Wyllys sufrió la difamación en carne propia, por parte de las iglesias evangelistas y de los diputados de la llamada «bancada de la bala» (un grupo de parlamentarios sostenidos por la industria bélica). «Empezaron a hacer un trabajo de destrucción de mi imagen y las amenazas contra mí se ampliaron», narró el ex diputado federal, que finalmente tuvo que exiliarse del país porque su propia vida corría peligro.

Este clima de intoxicación informativa propició la destitución de Dilma y fue *in crescendo* hasta la actualidad, donde, como denunció Paulo Abrão, «encontramos al Presidente de la República utilizando sus canales oficiales para atacar las instituciones democráticas y para minar la confianza en el sistema electoral por medio de una red de desinformación». Por ello el principal temor de los participantes de CAF_2022 de cara a las elecciones presidenciales de Brasil consiste en que esas milicias digitales bolsonaristas, junto a los grandes medios de comunicación oficialistas, generen «el ruido necesario para cuestionar el resultado de las elecciones», expresó Denise Dora.

Por último, Izadora Brito denunció que actualmente en Brasil «hay una censura galopante, no solamente contra los medios de comunicación independientes, sino contra muchas periodistas mujeres, incluso de medios de derecha, que están siendo también atacadas por el hecho de ser mujeres». Y explicó que el desafío para el

«Necesitamos presionar desde diferentes países para que no se desestabilice más nuestra democracia. Necesitamos solidaridad internacional para neutralizar el golpismo en marcha.»
Paulo Abrão

campo popular brasileño a día de hoy consiste en «sobrevivir en un país donde hay milicias digitales, pero también milicias en el territorio, y donde la sociedad civil también está armada».

El «proyecto Bolsonaro»: expolio y exterminio

Hay ciertas cifras que también explican el bolsonarismo. «Brasil es el 5º país del mundo en violencia contra las mujeres y las niñas desde hace 15 años. A día de hoy, es el segundo país del mundo que más defensores de derechos humanos mata. Es un país que tuvo cerca de 300 años de esclavización del pueblo africano y que perpetró un genocidio contra los pueblos originarios mediante la ocupación de sus territorios. Un país con 220 millones de habitantes, de los cuales la mitad vive por debajo de la línea de la pobreza. Un país profundamente desigual, que estuvo siempre en los peores rankings del Índice de Desarrollo Humano», expuso Denise Dora en CAF_2022. Para ella, todos estos indicadores constituyen «un territorio de desigualdades, de ausencia de libertades, fecundo para que la extrema derecha se instale y pueda crecer».

Izadora Brito aportó otras estadísticas preocupantes: «En Brasil en tres años hemos tenido un aumento de consumo de armas, de acceso a armas, de más del 475%. O sea, la población brasileña está armada», advirtió. «El bolsonarismo cuenta hoy con una base popular ampliamente armada, con armas de fuego pero también con discursos de odio».

La activista del MTST recordó cómo el hijo de Jair Bolsonaro, «que es uno de los operadores de su mandato presidencial» llamó abiertamente a grupos armados a que se unieran a su campaña presidencial; y recordó también que el vecino de Jair Bolsonaro mandó a matar a Marielle Franco, una concejala negra, que representaba a los sectores

populares, a la comunidad LGTBI y a la clase trabajadora brasileña.

«Mientras sigamos sin saber quién mandó matar a Marielle, no se puede decir que Brasil sea una democracia plena. No es admisible que en una democracia una concejala electa sea brutalmente asesinada», denunció. En ese sentido, Rafael Heiber retomó la cuestión de los golpes de Estado, pues lo sucedido en 2018 fue también una clase de golpe: «Quitaron de en medio al candidato líder de las encuestas, Lula. Le abrieron camino a Bolsonaro para que ganara las elecciones. Y el día que reconocieron que Lula no debía nada a la justicia, no se les ocurrió repetir las elecciones. El día en que legalmente y jurídicamente declaran que Lula no es culpable, después de pasar 580 días en prisión injustamente y de no haber podido participar en las elecciones que seguramente hubiera ganado, se tendrían que haber repetido las elecciones inmediatamente» afirmó. «No estoy diciendo que se le diera la presidencia directamente a Lula, pero sí que se repitieran las elecciones. Porque esas elecciones fueron evidentemente ilegítimas, y por tanto estamos ahora, todavía con Bolsonaro en el poder, bajo un gobierno completamente ilegítimo».

Ese último *golpe*, que apartó a Lula de la carrera electoral, demuestra lo que el periodista Luis Fernando Veríssimo interpretó como una suerte de descuido de las élites: «La oligarquía, en eterna vigilancia contra el nacimiento de una izquierda viable, se dio cuenta de su distracción y ahora se apresura a corregirla»². Y ese apresurado y forzado cambio de rumbo en Brasil supuso tirar por tierra todos los avances sociales que se habían

² VERISSIMO, Luis Fernando. En el libro colectivo *Lula, la verdad vencerá*, CLACSO, 2018.

conseguido hasta la fecha, volviendo a la calamitosa situación de tener nada menos que 19 millones de familias sin seguridad alimentaria en la actualidad, como denunció Izadora Brito.

«Esto es un proyecto de exterminio por parte de la extrema derecha. No es un exterminio por la fuerza bruta, pero es un proyecto de exterminio por inanición, por la falta de acceso a comida y a programas habitacionales», aseveró la activista. «El pueblo brasileño está sucumbiendo, está literalmente muriendo, de bala y de hambre».

Pero además de un proyecto de exterminio, la era Bolsonaro está suponiendo en Brasil también un proyecto de expolio. Un expolio contemporáneo «muy parecido a lo que pasó hace 500 años, cuando países como Brasil exportaron toda su riqueza a otros países, concentrando el crecimiento económico en las potencias dominantes, a costa del exterminio de su población», explicó Denise Dora.

Y es que Brasil «no solo es un país con estos patrones de desigualdad y de ausencia de libertad, es también un país muy rico. Tiene yacimientos mineros, tiene oro, y tiene la Amazonía, que hoy por hoy equivale a tener la llave del equilibrio del clima en el mundo», explicó la abogada. Y lamentó que el expolio perpetrado por Bolsonaro consista precisamente en «usar un territorio para la producción y para la concentración de riqueza en manos de las mayores economías mundiales». Es decir, que el proyecto Bolsonaro consiste en desviar la riqueza de Brasil en una suerte de neocolonialismo que estaría fortaleciendo a la extrema derecha global.

Por todo esto los participantes de CAF_2022 formaban parte de la delegación de organizaciones brasileñas que quería poner en guardia a la comunidad internacional sobre la posibilidad de un cuarto golpe en Brasil. Porque la democracia brasileña, por la propia magnitud del país, por su influencia en la economía mundial y por la importancia global de la gestión de la Amazonía; afecta directamente al futuro del planeta y al futuro de la democracia, sin distinguir entre naciones.

En conclusión

Los tiempos oscuros como escuela de esperanza

Tras el repaso a la secuencia de hechos que ha llevado a Brasil a la situación de degradación democrática e institucional en la que se encuentra actualmente, Izadora Brito quiso aclarar que no es cierto que se haya llegado a este punto por inercia o por inacción por parte de los movimientos sociales brasileños: «Es determinante comprender que en todo este proceso el movimiento negro nunca dejó de movilizarse, el movimiento sin techo no paró de hacer ocupaciones y no abandonó las calles, el movimiento LGTBI+ no dejó de alzar la voz y poner el cuerpo, y el movimiento de mujeres no dio ni un paso atrás en la reivindicación de sus derechos», afirmó. «En Brasil no ha dejado de haber movilización popular en contra de toda esta involución democrática».

O en contra, dicho de otro modo, de ese «proceso de exterminio del pensamiento diferente» que encontró víctimas preferenciales en líderes como Jean Wyllys, quien se puso en el foco de los ultras porque fue una de las primeras voces en denunciar el proceso que estaba en curso, y que antes de huir del país ya tuvo que escapar de un linchamiento en Rio de Janeiro; o como Marielle Franco, que como el propio Jean recordó nuevamente en CAF_2022, «fue asesinada en un crimen muy bien planeado, cometido por sicarios en Rio de Janeiro, cuyo interventor militar era entonces el coronel Braga Netto, que es ahora candidato a vicepresidente con Bolsonaro».

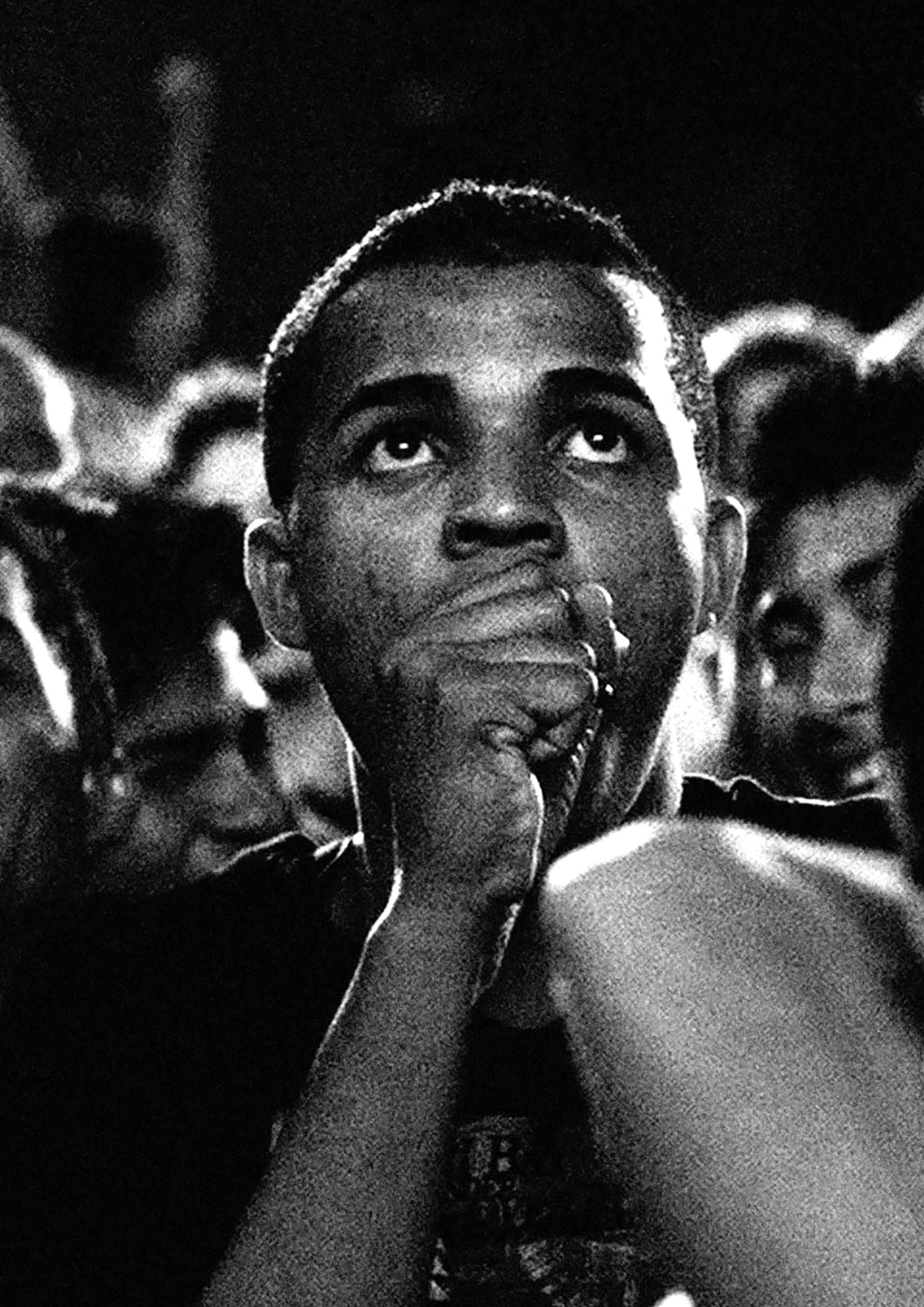
Así, Denise Dora coincidió en que la movilización popular lleva «cuatro años resistiendo al brutal gobierno de Bolsonaro en las calles», centrándose en la defensa del Estado democrático de derecho. Es decir, que la novedad radica en que «nosotros, que siempre habíamos criticado las democracias liberales por racistas y no inclusivas y porque no necesariamente cumplían con toda la agenda de derechos humanos, hemos pasado a centrar la movilización social en la defensa de estas instituciones, porque por lo menos con la democracia liberal teníamos la posibilidad de tener elecciones, tener consejos de participación, tener una justicia independiente...» explicó la abogada. Es decir, que la era Bolsonaro ha obligado a las

organizaciones, a las asociaciones comunitarias y al campo político progresista a limitarse a defender conceptos tan básicos como democracia, Estado democrático de derecho o derechos humanos. Tal ha sido la involución y la desinstitucionalización del país.

Rafael Heiber señaló la paradoja existente en el hecho de que la izquierda, con una tradición subversiva y revolucionaria, se haya convertido en la actualidad en la defensora del orden institucional (antes criticado por conservador); y explicó que esto se debe precisamente a que la derecha «se ha vuelto radical y anti-sistema, se ha vuelto *ultra*, y nos ha obligado a recuperar la defensa básica de la democracia como dispositivo de igualdad y justicia social».

Paulo Abrão, por su parte, estuvo de acuerdo en que durante el gobierno de Bolsonaro la ciudadanía no ha dejado de protestar y manifestarse de diferentes maneras, y recordó que «hay cosas horribles que afortunadamente no llegaron a suceder porque las organizaciones de la sociedad civil lo impidieron». Un ejemplo ilustrativo es el decreto de reducción de la Ley de Acceso a la Información en Brasil, que Bolsonaro lanzó en marzo de 2020, al mismo tiempo que explotaba la pandemia de Covid-19. Dicho decreto, que pretendía limitar el acceso a la información precisamente en el momento en el que más se necesitaba poder acceder a información sanitaria veraz y contrastada, fue paralizado gracias al trabajo conjunto de parlamentarios progresistas y de la sociedad civil organizada.

Es decir, que incluso en medio del tenebroso mandato de Bolsonaro, hubo espacio para la esperanza, e incluso hubo aprendizajes valiosos. Como destacó Denise Dora «el campo de la comunicación popular ha salido fortalecido del gobierno de Bolsonaro, paradójicamente, porque justamente al vernos obligados a resistir, todas las organizaciones de la sociedad civil hemos aprendido a coordinarnos mejor, a trabajar en conjunto, a pensar creativamente». Podría decirse, como conclusión de esta primera sesión del foro anual de CAF_2022, que los tiempos difíciles enseñan a resistir. Los tiempos oscuros son escuela de esperanza.







Democracia y nueva ola progresista en América Latina. De la experiencia boliviana a las elecciones de Brasil.

Common Action Forum

Photo_ **Danielle Pereira**_ CC BY 2.0

2da sesión

Volvieron y son millones, El proceso de cambio en Bolivia y sus implicaciones regionales

[Coloquio a partir del libro *Volvieron y son millones, El proceso de cambio en Bolivia (2005-2020)*, Akal]

«El golpe de estado de 2019 demostró que el viejo orden del mundo blanco, rico y poderoso quiere siempre recuperar sus prerrogativas.»

Álvaro García Linera

La segunda sesión, «Volvieron y son millones, El proceso de cambio en Bolivia y sus implicaciones regionales», debe su título al libro de María Lois publicado por la editorial Akal: *Volvieron y son millones, El proceso de cambio en Bolivia (2005-2020)*. Dicho ensayo, prologado por el ex vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, articuló la conversación que pretendía ser un diálogo entre las dos orillas del Atlántico.

Jesús Espino, Subdirector de Edición de Akal, presentó el acto recordando que la Constitución de Bolivia elevó al rango constitucional «la defensa de las poblaciones originarias, de las poblaciones indígenas, y el respeto a la naturaleza». Este último, ahora tan a menudo denostado «con la palabra hiriente, insultante del *pachamamismo*».

Bolivia fue pionera en desafiar de esa forma el constitucionalismo moderno, basado en la idea de un Estado soberano, una nación unida, un derecho uniforme, una estructura burocrática e institucional, una cultura y una identidad homogéneas. «Este modelo, proclamado superior y de interés universal, ha sobrevivido a los procesos de descolonización política y se ha difundido por vía de un canon jurídico eurocéntrico»³. Es por ello que las experiencias de Bolivia y Ecuador inauguraron un nuevo constitucionalismo del Sur Global, definido por «los conocimientos políticos, sociales y económicos de poblaciones a las que durante siglos se ha tratado de silenciar», como explicó Jesús Espino.

EL PROCESO BOLIVIANO: Cambiar la contraseña a los cerrojos del poder

El ex vicepresidente **Álvaro García Linera** definió el proceso que llevó al Movimiento al Socialismo (MAS) al Gobierno como «el cataclismo más importante de la historia de Bolivia desde su fundación». Explicó que no solo se trató de una transformación política, ni siquiera sociopolítica, sino que afectó al plano más profundo de la cultura, las convenciones, los sentidos comunes, las ideas, «el orden moral de la sociedad». Un orden moral que, por más de 500 años, diferenciaba a las personas por su color de piel, su apellido, su vestimenta... excluyendo a un 90 o 95% de la población de la toma de decisiones y de los espacios de poder.

Una historia común con la mayoría de países de América Latina, como apuntó **Guillaume Long**, ex canciller de Ecuador: «Hasta hace 25 años, cuando había elecciones presidenciales, los diez primeros candidatos eran representantes de los diferentes sectores oligárquicos de nuestros países. Los caudillos o los representantes de los caudillos, es decir: élites que pugnaban entre sí para captar el poder central del Estado». Los pueblos indígenas quedaban, así, completamente al margen de la contienda electoral, abocados a posiciones subalternas dentro de la organización social. Por ello el proceso boliviano supuso, como explica Raúl García Linera en el posfacio del libro de la profesora Lois, «la ruptura del privilegio étnico de gobernar»⁴.

³ DE SOUSA SANTOS, Boaventura, ARAÚJO, Sara y ARAGÓN ANDRADE, Orlando. *Descolonizando el constitucionalismo*, Akal, 2021.

⁴ LOIS, María, *Volvieron y son millones, El proceso de cambio en Bolivia (2005-2020)*, Akal, 2022.

Es entonces cuando, en palabras de Álvaro García Linera, «los códigos que abren las puertas de las oficinas estatales, se modifican. Los códigos de quienes pueden tomar decisiones sobre el bien común, cambian. Y de repente son otro color de piel. Son muchos apellidos, son otras texturas, son otros idiomas, son otros colores, son otras habilidades...». Por primera vez Bolivia tenía un presidente indígena, pero no solamente eso: todas las instituciones del Estado, todas las Administraciones públicas, fueron ocupadas por el sector de la población que hasta entonces había sido marginado y despreciado.

«Evo Morales Ayma es el primer presidente indio electo en América del Sur. Un occidental no puede calibrar del todo lo que significa este acontecimiento para los pueblos andinos. 500 años de humillaciones y sufrimientos parecen llegar a su fin en esta mañana en Tiwanaku», escribió el suizo Jean Ziegler durante la toma de posesión de Morales tras su primera victoria electoral⁵. En dicha obra, Ziegler explica que la transición del Estado colonial al Gobierno popular tuvo que ver con que los pueblos originarios, al alcanzar el poder, transformaron todas las estructuras, impregnándolas de su propia manera de hacer las cosas. Su particular *know how*.

Sin embargo, **María Lois** explicó en CAF_2022 que la radical importancia del proceso de cambio boliviano no tiene solo que ver con «la centralidad del sujeto indígena-originario-campesino» ni con que Evo Morales Ayma llegara a la presidencia del Gobierno. «Lo que está por debajo de todas estas

transformaciones es un temblor, una convulsión que viene desde más abajo que lo circunstancial y que modificó no solo la geografía electoral sino también la geografía del poder», explicó la autora. Es decir, que no estamos hablando solamente de un cambio de gobierno, sino de una reconfiguración total del Estado. La democracia social boliviana fue fruto, de acuerdo a la explicación de Lois, del proceso constituyente; que «trastocó los cimientos del orden republicano generando una nueva estatalidad, construyendo un nuevo tipo de Estado».

Este cambio de claves no solamente permitió que los pueblos indígenas irrumpieran en los despachos que siempre les habían sido vedados, sino que trajo consigo, inevitablemente, una revisión de la Historia y del pasado. Pues, como apuntó **Rafael Heiber**, «a veces el pasado es más fácil de cambiar que el futuro, ya que se trata de generar una nueva narrativa». El cofundador de CAF recordó la tesis de Walter Benjamin de que la Historia siempre es contada por el que gana, por el vencedor, y señaló que Bolivia consiguió revertir eso: «Bolivia consiguió refundar la República precisamente porque logró revertir el relato de los vencedores».

La sublevación de la mente

«Por primera vez en la historia, lo popular votaba por uno de los suyos, por primera vez el sujeto se parecía a un pueblo que se mira al espejo, era uno de los suyos, era uno de sus *masís*»⁶, escribe Raúl García Linera en el libro de Lois. Ziegler, en su obra,

⁵ ZIEGLER, Jean. *El odio a Occidente: La memoria herida de los pueblos del Sur*, Atalaya, 2017.

⁶ LOIS, María, *Volvieron y son millones, El proceso de cambio en Bolivia (2005-2020)*, AkaI, 2022.

«Incluir a los excluidos, aunque no signifique la revolución total, siempre transforma el sistema. En la inclusión siempre hay un cambio.»

Guillaume Long

destacaba la importancia que este hecho tuvo a nivel ideacional: «La conciencia ha ganado las elecciones»⁷, expresaba.

Es lo que Álvaro García Linera definió en CAF_2022 como «una sublevación de la mente». «Un cambio del sentido común de la sociedad, un nuevo orden moral de las cosas». Pues tradicionalmente en Bolivia los hijos de los campesinos estaban condenados a ser labradores o trabajadores domésticos, mientras que aquellos con apellido extranjero o piel más blanca parecían nacer ya predispuestos a ser autoridad.

El ascenso del MAS subvirtió ese orden e hizo que lo popular invadiera las estructuras de poder. Y eso supuso una completa revolución *mental*. «Una insurrección de las conciencias, las identidades y las memorias ancestrales»⁸, en palabras de Ziegler. Supuso, como explicó Lois en CAF_2022, «desterrar años de prácticas, años de historia, años de construcción específica de cosas y sobre todo, años de pensarte y actuar como la clase dominante». Supuso trastocar los esquemas anclados por siglos de dominación, tras los que la pertenencia india, de tan abofeteada y despreciada, acabó convirtiéndose en un refugio identitario⁹.

Es por ello que, como explicó Álvaro García Linera, «los sentidos comunes no se transforman ni en una ni en dos generaciones. Quizá se requieren cinco o diez generaciones para consolidar un sentido común de igualdad que acepte que blancos o morenos somos iguales». Se trata de una batalla

de largo aliento, pues al afectar a los cimientos más profundos de la construcción jerárquica de una sociedad, a los estereotipos raciales y a los roles asignados consuetudinariamente, es difícil que los cambios se asienten, y sin duda no lo hacen rápidamente.

Esta *sublevación mental* tiene mucho que ver con la hegemonía cultural, y por tanto con los medios de comunicación, como apuntó Guillaume Long. El ex canciller ecuatoriano explicó que América Latina adolece de «unos medios de comunicación extremadamente agresivos que juegan un rol muy importante en cuanto a la construcción de hegemonía», y señaló este problema como una de las tareas por resolver. Pues en los casos en los que los gobiernos progresistas de la región han querido controlar su poder de intoxicación con un marco regulatorio, han sido denunciados por atentar contra la libertad de expresión; y en los casos en los que los gobiernos populares han optado por la estrategia de generar mayor pluralidad, muchas veces los nuevos medios públicos han acabado por convertirse en medios de gobierno. «O sea, no hemos encontrado una solución al problema gravísimo de los medios de comunicación oligárquicos, que son mecanismos de propaganda para el viejo colonialismo en nuestros países», concluyó Long.

La movilización permanente como principio democrático

Como recordó Rafael Heiber, que moderaba la sesión, «en la inauguración de la República Boliviana, los ciudadanos eran apenas el 5% de la población, el otro 95% no eran ciudadanos». Esto quiere decir que el cambio del sentido común tuvo que ver precisamente con que la mayoría de la sociedad boliviana comprendiera «que el Estado pertenece a otros, no sólo a aquella vieja élite». Y, más allá, tuvo que ver con que ese 95% de

⁷ ZIEGLER, Jean. *El odio a Occidente: La memoria herida de los pueblos del Sur*, Atalaya, 2017.

⁸ Ídem.

⁹ Ibídem.

personas no pasaran solamente a ser ciudadanos con derechos sino, como dijo García Linera, «ciudadanos con poder».

Sin embargo, otro de los aspectos que se abordaron en CAF_2022 fue la reversibilidad de estas conquistas. El hecho de que las victorias del sentido común «son frágiles, no son algo que se pueda dar por sentado nunca», como expresó Lois. «Cuando hay transformaciones del sentido común, del orden moral del mundo, estas no son transformaciones irreversibles ni son transformaciones absolutas, pueden ser temporales», explicó el ex vicepresidente boliviano. «Esa idea de igualdad absoluta que brotó de la profundidad del proceso boliviano, va a tardar en consolidarse», admitió.

Y es que el proceso boliviano, como cualquier proceso de transformación e igualdad social, chocó con la frontal oposición de las clases privilegiadas, renuentes a perder sus prebendas. «Uno de los grandes problemas de América Latina son sus élites», expresó Guillaume Long en ese sentido. «Las élites latinoamericanas son muy premodernas, son muy feudales y no toleran que la plebe, para usar el término que les gusta, adquiera derechos y que tenga igualdad. Les gusta más la desigualdad y su posición relativa dentro de la sociedad, que la prosperidad con mayor igualdad», explicó.

Esto se debe, según María Lois, a «la propia inserción de Bolivia en la economía-mundo: siempre dependiente, siempre periférica, siempre con mayorías populares excluidas». Es decir, al propio esquema tradicional, colonial y neoliberal que produce una mayoría de clases subalternas frente a una minoría de clases acaudaladas que no están dispuestas a compartir sus espacios de poder y privilegio. «Y eso es un grave problema que tiene que ver con el modelo productivo en nuestros países, el rentismo histórico», explicó Long.

«Nuestras élites han vivido de las bondades de la naturaleza, sea en la mina o sea en la tierra fértil de nuestro subcontinente. Y cambiar eso es cambiar la matriz más productiva en nuestros países, que no seamos productores exclusivamente de materias primas, que podamos tener una burguesía industrial -para ponerlo en términos capitalistas-, que tengamos una economía más diversificada, es decir, que cambiemos nuestro patrón de acumulación de capital».

Ese rentismo histórico, los monocultivos de *commodities*, el latifundismo... serían, en términos marxistas, la *infraestructura* que se esconde bajo ese comportamiento de las oligarquías latinoamericanas, que no solamente rechazan la igualdad y se resisten a perder su posición de privilegio, sino que también «prefieren el caos y la inestabilidad», con tal de mantener su dominio.

Así, García Linera explicó cómo ni siquiera un proceso como el boliviano es capaz de «anular del todo las viejas estructuras», enraizadas en las jerarquías sociales y en las aspiraciones de las clases dominantes. Para el ex vicepresidente boliviano, Trump es ejemplo de cómo los viejos prejuicios raciales pueden volver a renacer bajo ciertas circunstancias, a pesar de la modernidad, la tecnología, el Internet, etc. «Entonces, yo creo que la sociedad boliviana, latinoamericana, mundial, nunca puede tomar como hechos ya establecidos los principios de la justicia y la igualdad», advirtió.

Para que las victorias no sean tan fácilmente reversibles, para que los logros no sean tan frágiles, «la sociedad siempre tiene que estar como atenta. Siempre tiene que estar como en movilización para defender los principios de justicia», concluyó García Linera. Porque una sociedad siempre movilizadora, siempre en guardia para resguardar la igualdad, no solamente es un principio democrático: es la única manera de consolidar un sentido común de igualdad a largo plazo.

El neoliberalismo envejece de forma violenta

Esto quedó patente con el golpe de Estado perpetrado en Bolivia en 2019, cuando, como recordó María Lois, «vimos que las universidades, la Iglesia, los medios -o sea, el aparato coercitivo del Estado, y de producción de consentimiento-, de pronto se vanguardizaron en torno al odio al indio; y además la policía y el ejército -que son los órganos de represión del Estado, la naturaleza del poder del Estado en bruto-, expusieron otra vez su relación vinculante con la clase dominante tradicional». Es decir, que la violencia de 2019 puso en duda precisamente lo que se consideraba consolidado. Muchos analistas y protagonistas del proceso político boliviano daban ya por ganada la «batalla cultural» tras sucesivas victorias electorales del MAS; y sin embargo los hechos de 2019, en opinión de Lois, demostraron que esa hegemonía era «contextual, no porque no se haya puesto todo el esfuerzo en lograr esos cambios, sino porque la naturaleza del poder del Estado es perversa».

2019 también demostró lo que Guillaume Long sostuvo en CAF_2022 sobre las élites latinoamericanas: que «prefieren tener *republiquetas bananeras*, pero en las cuales ellos estén al mando, que estados modernos, democráticos, con derechos, con mayor igualdad, en los que tengan que compartir el poder con otras clases sociales», describió. Prueba de ello es que no dudaron en destrozarse, quemar, vandalizar... No les importó arrasar la sede de Gobierno, la Asamblea Legislativa o las calles de La Paz, con tal de derrocar al gobierno indígena-popular de Evo Morales, y erigir ilegítimamente a una representante de las élites *blancoides*.

«En Estados Unidos y en Bolivia se demostró que si para la derecha, para sus fines, la democracia es un estorbo, están dispuestos a pasar por encima de ella, ya sea sacando las tanquetas o quemando

el Capitolio», apuntó el ex vicepresidente Linera. A lo que Guillaume Long añadió un componente geopolítico: el hecho de que las élites latinoamericanas han sido siempre protegidas por los Estados Unidos, desde la Segunda Guerra Mundial, a lo largo de la Guerra Fría, con la doctrina de la Seguridad Nacional y hasta la configuración del actual sistema-mundo. «Uno de los prerequisites de las condiciones necesarias para poder ejercer su poder a nivel mundial es tener un hemisferio pacificado, un hemisferio dócil», explicó el ex canciller. «Estados Unidos prefiere que haya democracia formal, con elecciones, porque se ve mejor. Pero cuando hay una amenaza verdadera a sus intereses, hasta pueden aceptar dictaduras», afirmó.

El análisis de fondo de Álvaro García Linera tiene que ver con que «las fuerzas conservadoras y las ideas dominantes, los grandes paradigmas que organizaron la vida política de la sociedad durante los pasados 40 años, están entrando en ocaso. En lento declive». Se refiere a la globalización, el libre mercado, el Estado mínimo, el emprendedurismo. Ideas que «siguen predominando, pero ya no tienen el efecto de enamorar a la sociedad». Así, Linera interpreta que las fuerzas de derecha actualmente se están volviendo más duras porque han perdido su poder de seducción: «Cuando has perdido el optimismo histórico y te aferras a lo tuyo, ya no seduces: Impones. Ya no convences, riñes. Regañas, insultas. Y de ahí unos pedazos muy conservadores se vuelven violentos».

Trump, nuevamente, es ejemplo de ello: «Mandó a su gente a quemar el símbolo de la democracia. Y no en un país bananero: en la cima de la democracia mundial contemporánea... Para mí ese es el síntoma de un declive estructural, de unas ideas que todavía pueden tardar décadas en desaparecer, pero que han entrado ya en la fase descendente de su legitimidad», afirmó García

«Los procesos constituyentes son espacios de diálogo, de tiempo, en los cuales se da una suspensión de las creencias, porque hay posibilidad de que entren otras cosas.»

María Lois

Linera. Es decir, que las ideas de la derecha actual se vuelven más violentas y más autoritarias precisamente porque se perciben a sí mismas en decadencia.

Otro ejemplo es el Brasil de Bolsonaro, donde un presidente puede permitirse decir que, si algo tiene que criticar de la dictadura, es que no acabó con todos los subversivos. «Hay una factoría de odio y de miedo que se instala de manera muy capilar en los tejidos sociales, con toda la carga simbólica del neo-pentecostalismo», explicó Rafael Heiber, ampliando el análisis del caso brasileño. «Todo ello aderezado con ese moralismo que es el nuevo motor del reaccionarismo en algunos países de América Latina», concluyó.

Se trata de ataques directos a la democracia promovidos desde supuestas democracias formales, que terminan por desatar una violencia que empuja a una multitud de personas a querer asaltar su congreso y «colgar a los congresistas». A este fenómeno rabioso y enardecido, de quienes se creyeron los amos del mundo y parecen estar dando ahora los últimos coletazos desesperados por no perder su hegemonía, Álvaro García Linera lo denominó «neoliberalismo violentista». «Es una degeneración pervertida de su fase tardía», definió, «Y creo que eso va a continuar y va a ser también un problema europeo, como ya lo es norteamericano y lo es latinoamericano».

Así, el «neoliberalismo violentista» estaría intentando mantener por la fuerza lo que en los años 90 llegó a ganar mediante la seducción. Sería algo así como la *mala vejez* del modelo neoliberal que, precisamente por decrepitud, adopta formas cada vez más vulgares y no es capaz de atraer ni de persuadir como en el pasado.

Ante ello, en estos «tiempos tan convulsos, inciertos, de derrotas y de victorias cortas», el ex vicepresidente García Linera animó a quienes

defienden la igualdad y la justicia social a diferenciarse, precisamente, por la democracia: «El progresismo y las izquierdas tienen que mantener en alto la bandera de la democracia», aseveró. Ese debe ser el elemento diferenciador, para que el declive del paradigma neoliberal acabe, efectivamente, por extinguir un orden mundial desfasado e injusto.

Astucia y audacia: el poder performativo en los procesos constituyentes

Otro de los grandes temas que se abordó en CAF_2022 fue el proceso constituyente chileno, pues pocos días antes de celebrarse el foro anual de CAF, acababan de conocerse los resultados del plebiscito constitucional. Gozando de una mesa compuesta precisamente por panelistas que vivieron en primera persona los procesos constituyentes boliviano y ecuatoriano, tuvimos la oportunidad de conocer sus impresiones acerca de la reciente experiencia chilena, y de todo lo que implican, en general, los procesos constituyentes.

«Para mí un proceso constituyente es un encuentro de concertación para ver por dónde se reconstruye, de qué manera. Un tiempo de diálogo en el cual hay una suspensión de las creencias porque hay posibilidad de que entren otras cosas», definió la profesora Lois. Y explicó que, en el caso de Bolivia, la campaña por la nueva constitución se impulsó en un *momentum* en el que «los excluidos, las organizaciones sociales de las clases subalternas y también una porción de las clases medias que estaba descontenta con el momento neoliberal» proporcionaron la masa crítica necesaria para que la transformación pudiera tener lugar. Para que el proceso pudiera crecer y sostenerse. Sin embargo, «no hay que confundir al maquinista con el tren», advirtió la autora, refiriéndose al liderazgo que tuvo el MAS en el proceso boliviano.

«Bolivia consiguió
refundar la República
porque logró revertir
el relato de los
vencedores.»
Rafael Heiber

«El Estado no solo fue un regulador, sino un conductor», amplió Álvaro García Linera. Y señaló que, precisamente, una de las causas del fracaso de la constituyente chilena probablemente haya sido esa «orfandad» de la nueva constitución. «La constitución en Chile es huérfana», explicitó. «Las sociedades de América Latina somos profundamente presidencialistas. No puedes tener tú un avance de una constitución si no tienes una presencia y un liderazgo y una conducción desde el Ejecutivo».

Otro de los posibles errores que apuntó Guillaume Long, desde el punto de vista del pragmatismo político, es que «quizás la constitución en sí era muy radical: había artículos que se podían sacar de contexto y ser citados por los medios de comunicación con toda la mala fe del mundo para escandalizar al pueblo chileno». Así, el excanciller planteó que los constituyentes chilenos deberían haber rebajado sus aspiraciones, en pro de lograr un texto que pudiera ser respaldado mayoritariamente. «Así hicimos nosotros, ecuatorianos y bolivianos, en nuestros ejercicios constituyentes: Hay cosas que yo hubiese querido ver en mi constitución que no están. Pero entendimos que si metíamos ciertas cosas en el texto, perderíamos el plebiscito», explicó.

Esta *astucia* de la que habló Long debía completarse con la *audacia* que prescribió Linera: «Llegas al gobierno, tomas medidas. Nacionalizas. Distribuyes. Quitas tierra. Para eso has venido. Y luego dices: pues esto que estamos haciendo, la constitución lo va a defender y lo va a ampliar. Muestras en los hechos lo que es la nueva constitución en marcha, aunque no esté aprobada. Decisionismo, audacia».

Y es que para el ex vicepresidente boliviano, «un primer punto débil de arranque» del proceso chileno fue «esa ambigüedad». La falta de liderazgo sobre el texto constitucional, que no fue

claramente apadrinado por el Ejecutivo. «También faltó trabajo de socialización», añadió María Lois; que recordó que en Bolivia hubo alrededor de 90 propuestas de texto constitucional, y que todos esos documentos «circulaban, se sistematizaban, se compartían, se socializaban, se hablaba de ellos, se hacían talleres con papelógrafo en todos los pueblos para que todo el mundo los leyera...». Así que otro de los errores que se apuntaron en CAF_2022 fue la falta de «apropiación del proceso».

Esa es la diferencia entre una «constitución práctica» o una «constitución para doctores de derecho constitucional», como ilustró García Linera. «Los abogados pueden discutir pero, ¿a mí cómo me llega esa constitución? ¿Qué tiene que decirle la constitución a mis angustias diarias? Yo estoy asfixiado con la inflación, todo sube cada semana. ¿Qué me dice la constitución sobre eso?», planteó el ex vicepresidente. Y explicó que una nueva constitución, al igual que el Gobierno, tiene mucho que decir sobre los problemas cotidianos que afectan a las grandes mayorías: puede imponer tasas a los ricos y, con lo recaudado a través de esos impuestos, congelar los precios de los alimentos básicos, por ejemplo. Hechos prácticos como ese son los que habrían conseguido que la mayoría de la población se interesara por lo que prometía la nueva constitución. De esa manera se hubiera convertido en una constitución que respondía a las inquietudes de la ciudadanía, en vez de en «un texto para abogados en el que los especialistas debaten el preciosismo de una palabra y el origen en Hobbes o el origen en Montesquieu...». Cuestiones que claramente no le importan a la mayoría de los ciudadanos.

Esa falta de identificación de la ciudadanía con la constitución pudo ser la causa del rechazo mayoritario en el plebiscito pues, al haber sido celebrado con voto obligatorio, lo que podrían haber sido potenciales abstenciones por parte de ciudadanos descontentos con la campaña

constituyente o con los primeros meses de gestión del nuevo gobierno, se convirtieron en votos a favor del «rechazo». «Es un abstencionismo del no, es un desdén, una negación de lo político», afirmó Guillaume Long. Coincidiendo nuevamente en que esa desafección generalizada revela que los constituyentes chilenos no supieron adherir a la ciudadanía con un proyecto esperanzador y movilizador.

María Lois puso como ejemplo los foros territoriales que se celebraban en Bolivia en el marco de su propio proceso constituyente «donde los constituyentes estaban obligados, al menos cada dos meses, a ir a su circunscripción y contar lo que se estaba discutiendo en el otro lado», explicó la autora. Así, una de las principales diferencias entre el proceso boliviano y el chileno sería que el primero sí logró involucrar a la ciudadanía, que hicieran suyo el texto constitucional; y esto otorgó una legitimidad a la nueva constitución que quedó patente incluso durante el golpe de Estado de 2019. «Es interesante cómo en el 2019 la constitución no se pone en duda. Es decir, los golpistas intentan dismantelar el Estado, pero la constitución estaba ahí todo el tiempo», señaló. Y es que resulta sin duda sorprendente que quienes quisieron derrocar al Gobierno de Evo Morales, atacaban y quemaban los símbolos indígenas pero parecieron en cambio respetar la constitución boliviana. Esto demuestra, en opinión de María Lois, «que a pesar de todo la constitución boliviana tiene una legitimidad que está basada en el tiempo y en el trabajo que se puso en ella». Una legitimidad que habría conseguido blindarla del sabotaje del 2019, pues no fue atacada directamente, como sí lo fueron la mayoría de los otros símbolos del Estado plurinacional.

Por último, Álvaro García Linera definió lo que es el *poder performativo del Gobierno*: «El Ejecutivo crea lo que dice. Tiene el poder de producir la realidad que enuncia», explicó. Y, en ese sentido, insistió en que el Gobierno chileno podría haber convertido el

proyecto de constitución en un hecho político, si hubiera acompañado el proceso con «decisionismo gubernamental».

Cuando detenerse es igual a retroceder

Sobre ese *decisionismo gubernamental*, Álvaro García Linera explicó que la lógica es distinta dependiendo de si se trata de un gobierno progresista o uno conservador: «Para un gobierno progresista, detenerse es retroceder. Estabilizarse es avanzar. Mientras que para un gobierno conservador, estabilizar y no hacer nada es consolidarse». En ese sentido, opinó que «un gobierno progresista está obligado a dar un nuevo paso, y luego otro paso, y luego otro paso y luego otro paso. Porque si no, lo devora el sentido común tradicional, las prácticas tradicionales y conservadoras y los poderes tradicionales».

Guillaume Long habló del caso ecuatoriano, en el que la llegada al Gobierno de la Revolución Ciudadana supuso un proceso de modernización y de inclusión en las relaciones capital-trabajo que no se había visto en décadas: «Se incrementó el poder de compra, el poder adquisitivo, el poder de consumo de personas que habían estado en la pobreza... pero caímos en la trampa de crear clases medias aspiracionales», explicó. Esa falta de identificación de las nuevas clases medias con el Gobierno popular fue probablemente uno de los factores que trajeron a la derecha de nuevo al poder. Y con ella, la agenda neoliberal que echó por tierra los avances sociales, y la persecución contra los dirigentes políticos progresistas que obligó a muchos de ellos a exiliarse.

Ese *lawfare*, que llevó a la cárcel a varios líderes del Gobierno de Rafael Correa, es lo que Long calificó en CAF_2022 como un «neo macartismo del anticorreísmo», y entronca con lo que Álvaro García Linera explicó en relación a la *batalla mediática* y

las campañas de desinformación que intervinieron también en el reciente proceso constituyente chileno: «Los gobiernos progresistas siempre estamos en minoría y nunca tenemos recursos para poder difundir nuestras ideas. Nos faltan redes, nos falta radio, nos falta televisión. Las ideas de ellos y sus comentaristas y sus *influencers* siempre son más influyentes que nosotros. Pero si tienes el Gobierno, tienes el poder del Ejecutivo para hablar con los hechos por encima de la radio, de la televisión, de las redes y de los bots y de todo ese aparato que siempre va a estar contra vos», afirmó.

Es decir, que volvió a defender el decisionismo gubernamental como mejor forma posible de propaganda. Las acciones implementadas desde el Ejecutivo como mejor campaña. A lo que María Lois añadió que, cuando se trata de violaciones a los derechos humanos, «no se puede tolerar el repudio condicional (sí, pero es que...), ni se pueden tolerar los silencios ni los cercos mediáticos». Y es que el poder destructivo de los medios de comunicación cuando se convierten en instrumento de la ultraderecha quedó demostrado en el golpe de Estado de Bolivia, en la reciente campaña por la nueva constitución chilena, y en otros episodios de violencia en la región, como el intento de asesinato contra la vicepresidenta argentina, Cristina Fernández Kirchner. «Parece que la violencia se está convirtiendo en una especie de pequeño hábito, un modismo en la política actual», lamentó la politóloga. Y recordó que el proceso constituyente boliviano también estuvo atravesado, como el chileno, por los bulos y las *fake news*.

«¿Qué decían de nosotros en la campaña constitucional? Que íbamos a quitar las casas de las personas, que íbamos a convertir las iglesias en sindicatos, en sedes sindicales. Que íbamos a prohibir la religión, que éramos unos comunistas infames. Eso salía en radio, en televisión, en afiches. Me acuerdo de una foto de Evo con cuernos de demonio pegada en toda la zona del

campo. Eso siempre ha hecho la derecha. Tú no puedes ir a ese combate ingenuamente, hablando de Montesquieu o del Estado de Derecho...», explicó el vicepresidente Linera. Y lamentó que esa experiencia no fuera aprovechada por los constituyentes chilenos, ya que las lecciones adquiridas por los constituyentes bolivianos podrían haber ayudado a los chilenos a prepararse para las dificultades que encontrarían en el proceso.

«Ese país, Ecuador, y ese país, Bolivia, pequeñitos, casi insignificantes... aprendieron mucho que podría haber sido recogido por los compañeros de Chile», lamentó Linera, partiendo de que ambos países andinos habían enfrentado previamente problemas parecidos, y que ese bagaje podría haber sido sin duda de mucha utilidad para encarar la campaña constitucional con menos ingenuidad y con más audacia. «Cada cual está en lo suyo y cada cual reinventa otra vez la historia cuando lo que pasó en Ecuador a nosotros nos sirvió, y del mismo modo lo que pasó en Bolivia les hubiera servido de guía a los compañeros chilenos», concluyó.

Así, una de las tareas pendientes para la izquierda en la región sería la de compartir los saberes, intercambiar las experiencias y aprender de los errores o los aciertos de los países vecinos. Guillaume Long lo enunció claramente: «La integración es fundamental, uno de los retos que todavía no retoma la nueva izquierda en el poder. La integración para insertarnos de forma democrática y soberana en el mundo».

Y es que, como denunció García Linera, «La izquierda es tan débil frente a un aparato tan poderoso de las derechas que no es posible que sigamos viviendo en espacios estancos y feudales. Las energías sociales tienen que intercomunicarse», aseveró. Es crucial trabajar, en ese sentido, por una perspectiva latinoamericana que comparta los aprendizajes, que de alguna

manera socialice las victorias y no sólo las derrotas. Porque las derrotas tienen ya, *de facto*, consecuencias regionales. Como explicó el vicepresidente Linera, la derrota del plebiscito constitucional de Chile «va a hacer que la derecha se envalentone y va a afianzar el conservadurismo social». Es decir, que no va a afectar solamente a Chile, sino a todo el continente. Por tanto, la integración latinoamericana debe ser un objetivo prioritario para la nueva ola de gobiernos progresistas, como dijo Guillaume Long; y para hacerla posible es imprescindible «que Brasil mire a América Latina y no solamente al G-20», como agregó Linera.

En general, para trabajar seriamente por la integración latinoamericana hace falta, como expresó María Lois, que «existan lugares para las palabras, para la enunciación y también el desacuerdo». CAF_2022 pretendió ser uno de ellos, un pequeño vaso comunicante en el que se pudieran intercambiar valiosas experiencias políticas, acervos comunes y luchas diversas.

En conclusión

Lo popular triunfante: optimismo histórico contra el odio reaccionario

Para concluir, María Lois sintetizó lo que defiende en su libro: que el proceso de cambio en Bolivia significó una «reconfiguración de protagonismos sociales y una multiplicidad de sujetos colectivos que posibilitó un contexto desde el que revertir la Historia y las historias del país». Es decir, que la diversidad se convirtió en un factor (y un valor) estructurante para la nueva democracia social boliviana.

Para Guillaume Long, esa diversidad fue posible porque se incluyó y se reconoció a la parte (mayoritaria) de la población que hasta entonces había estado marginada. «Incluir a los excluidos, aunque no signifique la revolución total, siempre transforma el sistema», afirmó. Y extrapolando eso a las relaciones internacionales, explicó que «la mayor revolución del sistema internacional fue cuando pasamos de tener 40 miembros de las Naciones Unidas a tener 190. Evidentemente las Naciones Unidas en cuanto a su sistema organizativo no ha cambiado, y de hecho debería cambiar. Pero el incluir a naciones post coloniales radicalizó el sistema internacional. En la inclusión siempre hay un cambio».

También destacó, como otro de los elementos esperanzadores, el hecho de que las fuerzas progresistas en América Latina son ya un contendiente electoral permanente. «No sé si somos hegemonía, creo que no, pero somos la contra hegemonía. Y cuando no ganamos, estamos en la segunda vuelta, tenemos mayorías legislativas, controlamos muchos gobiernos locales o autónomos», expresó. Y apuntó que, si las élites latinoamericanas entendieran «que tienen que redistribuir la riqueza y no solamente la riqueza, sino también redistribuir el poder», sin duda todos vivirían mejor, en sociedades menos dispares y con justicia social.

Por último, Álvaro García Linera recordó la violencia perpetrada en el golpe de Estado de 2019: cómo los golpistas pisotearon la *whipala*, bandera indígena; cómo escupieron los símbolos de los pueblos originarios y cómo quisieron deshumanizar a los indígenas llamándoles «salvajes». Esa violencia atávica, anacrónica, la hemos vuelto a ver recientemente en el caso brasileño, como recordó Rafael Heiber: «En pleno 2022 han llevado desde la ciudad de Oporto, en Portugal, hasta Brasil, el corazón del emperador Don Pedro primero. Un símbolo de barbarie, un anacronismo que imaginábamos habíamos superado», lamentó.

Pero contra eso, contra la violencia que niega la humanidad, contra los retrocesos que pretende imponer la extrema derecha, contra la incertidumbre propia de estos tiempos, contra el neoliberalismo que envejece de manera fanática y agresiva, contra el odio y el pesimismo... Álvaro García Linera señaló que las fuerzas progresistas deben imitar a los pueblos indígenas: «Los indígenas, que tardaron 500 años en ver a uno de sus iguales entrar al Palacio de Gobierno, después de 500 años, no lo hicieron con odio. Entraron bailando. Entraron con sus trajes coloridos, alegres. Así es el mundo de ellos», explicó. Quedó demostrado por primera vez con el ascenso del MAS al poder, pero quedó ratificado con la vuelta del MAS al Gobierno después del golpe de Estado y el exilio.

Una de las principales enseñanzas que nos deja el proceso boliviano, en ese sentido, es que «lo popular triunfante nunca es revanchista», como dijo el vicepresidente Linera. «Los que están a la defensiva y han perdido el optimismo histórico son ellos, por eso odian y son violentos. Las victorias de la izquierda deben ser alegres. Lo plebeyo siempre es festivo».



Paulo Abrão
1ra sesión
Moderador

Paulo Abrão es un abogado brasileño, ex Secretario Ejecutivo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Doctor en Derecho, fue también Secretario Ejecutivo del Instituto de Políticas Públicas en Derechos Humanos del Mercosur, así como Secretario Nacional de Justicia, Presidente del Comité Nacional para los Refugiados y del Comité Nacional contra la Trata de Personas en Brasil. Actualmente dirige la Washington Brazil Office.



Izadora Brito
1ra sesión
Panelista

Izadora Brito es una abogada brasileña, Coordinadora Nacional del Movimiento de Trabajadores Sin Techo (MTST). Secretaria Nacional del Partido Socialismo y Libertad (PSOL), compone en el Congreso Nacional el Frente Parlamentario por la Reforma Urbana, y forma parte del Ejecutivo Nacional de la Asociación Brasileña de Juristas por la Democracia (ABJD). Es miembro del Consejo Consultivo de la Washington Brazil Office.



Denise Dora
1ra sesión
Panelista

Denise Dora es una abogada y defensora de derechos humanos brasileña. Directora regional de Artego19, organización dedicada a la libertad de expresión e información, es también co-fundadora de THEMIS, organización que promueve proyectos de género, justicia y derechos humanos. De 2015 a 2017 fue Defensora del Pueblo en el Estado de Rio Grande do Sul (Brasil).



Jean Wyllys
1ra sesión
Panelista

Jean Wyllys es un periodista y activista brasileño. Fue diputado federal de Brasil durante dos legislaturas, y renunció a una tercera por motivos de seguridad, tras recibir amenazas de muerte por parte del entorno del presidente Jair Bolsonaro. Activista LGTBI y escritor galardonado, se exilió en Europa, donde actualmente es doctorando en Ciencia Política por la Universidad de Barcelona e investiga sobre fake news.

Participantes

Desde CAF, un año más, queremos agradecer encarecidamente a todas las personas que enriquecieron nuestro foro con su presencia, ideas y esperanzas



Rafael Heiber
2da sesión
Moderador

Rafael Heiber es Co-Fundador y Vice-Presidente de Common Action Forum. Geógrafo y climatólogo, Máster en Planificación Territorial y Doctor en Sociología; es experto en los nexos políticos entre tecnología, ciudadanía y territorio. Al margen de su actividad académica e investigadora, ejerce también como asesor periodístico, y comentarista y columnista en varios medios internacionales.



Álvaro García Linera
2da sesión
Panelista

Álvaro García Linera es un político e intelectual boliviano, vicepresidente de Bolivia durante los gobiernos de Evo Morales. Teórico marxista, prolífico ensayista y articulista, formó parte de la guerrilla de los Ayllus Rojos y del Ejército Guerrillero Tupak Katari durante los años 90. Pasó cinco años preso por motivos ideológicos, y desde su puesta en libertad milita en el MAS-IPSP, formando parte del gobierno indigenista y popular que transformó Bolivia.



María Lois
2da sesión
Panelista

María Lois es doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid. Cuenta con más de 20 años de labor docente e investigadora en el área de la Geografía Política, la Geografía Cultural y la Geopolítica. Autora de múltiples libros y artículos académicos, ha publicado recientemente una rigurosa investigación sobre el proceso de cambio en Bolivia que llevó a la presidencia del país al primer indígena en su historia.



Guillaume Long
2da sesión
Panelista

Guillaume Long es un académico y político Franco-Ecuatoriano. Ostentó el cargo de Canciller, de Ministro de Cultura y Patrimonio, y de Ministro Coordinador de Conocimiento y Talento Humano durante los gobiernos de Rafael Correa en Ecuador. Historiador y analista experto en relaciones internacionales, fue también Representante Permanente del Ecuador ante las Naciones Unidas. Es miembro del Consejo Consultivo de Common Action Forum.



Foto galería





commonactionforum.net